

Gómez Ramos, A., *Sí mismo como nadie. Para una filosofía de la subjetividad*, Los libros de la Catarata, Madrid, 2015, 128 pp. ISBN: 978-84-9097-049-2.

JUAN J. PADIAL
Universidad de Málaga

ANTONIO GÓMEZ RAMOS tradujo recientemente la *Fenomenología del espíritu* para Abada editores. Realizó entonces un encomiable trabajo como traductor y editor. La edición era bilingüe, el aparato crítico de notas impresionante, y el glosario y los índices una ayuda inestimable para el investigador y el lector de lengua hispana de esta obra hegeliana. Aquellas más de mil páginas editadas en 2010 han fructificado recientemente en un libro que narra, al igual que la *Fenomenología*, algunas de las experiencias de la autoconciencia.

Sí mismo como nadie recuerda poderosamente la *Fenomenología*. Sí. También es verdad que su título recuerda aún más poderosamente a *Sí mismo como otro* de Paul Ricoeur. Lo estrictamente hegeliano se echa de ver en el humilde subtítulo «para una filosofía de la subjetividad». La preposición que lo encabeza apunta a un término al que no se ha llegado y hacia el que se está en movimiento. Gómez Ramos es consciente de que la subjetividad sigue estando por aclarar. Y a ello quiere contribuir, trazando el arco de filosofías que van de Descartes a Agamben. Al trazarlo se ve que el autor está condensando los resultados de muchas otras obras suyas.

Por eso el estilo es sintético y no analítico. No hay notas, aunque sí una bibliografía selecta al final del libro, ordenada según la temática de los diferentes capítulos. Se trata de una obra que atiende pues a lo sustancial de algunos capítulos memorables de nuestras conceptualizaciones de la subjetividad. Atiende al balance, a la determinación del estado de esta empresa que nos legó la Modernidad filosófica y en la que seguimos embarcados.

Con este sentar balance se advierte que el interés de la obra no es meramente historiográfico, sino la aclaración personal del autor con el tema de la subjetividad. Se trata pues, de un libro ambicioso, que además cuenta entre sus virtudes la claridad y en el que asistimos al espectáculo de un pensamiento ejerciéndose —*in actu exercitu*—, desnudo de cualquier aparataje.

El libro está compuesto por seis capítulos, a los que hay que añadir el prólogo, un excursus —interesantísimo sobre la estupidez como correlato de la incapacidad para el reconocimiento— y la brevísima bibliografía. El trazado de las conceptualizaciones de la subjetividad que hace Gómez Ramos sigue la ruta de las tres personas pronominales: del yo al él pasando por el tú. Del hallazgo de la autoconciencia cartesiana se pasa a la necesidad del reconocimiento y

la interpelación de otro para que se constituya y sea posible la propia subjetividad. Pero al reparar en la precariedad del tú que interpela se advierten las nuevas formas de subjetividad que nos interpelan en los márgenes y más allá de los límites del reconocimiento que las dimensiones de la eticidad pueden proporcionar. Es ahí, en el encuentro con el que es nadie socialmente porque no forma parte del entramado de la eticidad donde cabe el reconocimiento de la nuda vida impersonal y la fundamentación última de la subjetividad propia.

Así pues, el libro tiene en su centro la filosofía hegeliana, la dialéctica del reconocimiento, y las dimensiones y estructura de la eticidad. Y esa es la razón de una reseña en esta revista. Pero se trata de una estación de paso, todo lo central que se quiera, pero de tránsito hacia aquello que constituye al sujeto, al sí mismo humano, a la existencia a la que le compete referirse a sí, y que por lo tanto tiene un estatuto ontológico absolutamente dispar a cualquier otra realidad bien natural, bien mundanal.

Hegel detectó la profunda deficiencia del subjetivismo moderno, en cualquiera de sus variantes: cartesiana, kantiana, romántica, etcétera. Pues bien, la tesis central de Gómez Ramos es una radicalización de la postura hegeliana. «La posición de la primera persona no es autosuficiente, autónoma. Está a expensas de algo otro que ella: mucho más allá de lo que ella quiere creer, dice Hegel; y mucho más aún de lo que Hegel le asigna» (p. 37). Hegel subrayó el papel del reconocimiento ajeno de mi libertad, mis decisiones y producciones en la tarea de devenir sujeto, en los procesos de subjetivación. Gómez Ramos, en la línea de Robert R. Williams, piensa que es preciso superar ciertas interpretaciones muy vigentes durante el siglo XX de la dialéctica del reconocimiento. «Tengo que desear la libertad de otro: que el otro por sí mismo me reconozca mi libertad. Desear el deseo del otro —como tantas veces se ha repetido en la fórmula lacaniana— es una mala forma de luchar por el reconocimiento. Se trata, más bien de *desear la libertad del otro para que, desde ella, me reconozca mi propia libertad*. [...] El reconocimiento, así, es recíproca, y la reciprocidad del reconocimiento es, a la vez, la reciprocidad de la libertad» (p. 44). El reconocimiento no es unilateral ni asimétrico, como el énfasis sobre el señor y el esclavo parecería mostrar. No es esa la última palabra de Hegel, como se colige de la edición de las lecciones sobre la filosofía del espíritu subjetivo. El reconocimiento es simétrico y recíproco, exige la reciprocidad de libertades que se encuentran; si no se da esta reciprocidad, entonces al menos una subjetividad queda reificada, irrealizada, fracasada y en la abstracción del yo romántico. Este reconocimiento acaece para cada vida humana en una triple dimensión, la que conforma la estructura de la eticidad: los planos afectivos, profesional y político, que son estudiadas por Gómez como espacios de encuentro, estructuras intersubjetivas.

El problema, señala Gómez Ramos estriba en que el nosotros fundado en la dependencia del mutuo reconocimiento es un nosotros de individuos que se relacionan en pie de igualdad y libertad. Resulta paradójico señalar que esto es un problema. Esta impresión se disuelve tan pronto como se advierte que los planos de realización subjetiva en la eticidad no están exentos de conflictos que pueden llegar a destrozar al sujeto y los mismísimos espacio socio-económico-políticos de encuentro, interacción y reconocimiento. Más aún la plena realización de las libertades humanas en el mundo político siempre será conflictiva y nunca exenta de relaciones de dominio. Pero además la historia de la reflexión sobre la subjetividad prosiguió, y pronto se descubrió que junto a los conflictos entre las esferas de la eticidad cabía el conflicto del existente a solas consigo mismo frente a cualquier vínculo afectivo, comunitario e institucional, frente a cualquier realización en las dimensiones de la eticidad. La interpretación que Gómez hace de Heidegger tiende a equilibrar el patetismo que en ocasiones se adosa al existencialismo, como si el sujeto tuviese que decidirse por su sí mismo más propio tan sólo contra su ser-en-el-mundo.

Pues bien, un episodio decisivo en la reflexión filosófica sobre la subjetividad lo encuentra Gómez Ramos en la filosofía contemporánea de la alteridad. Lévinas rompe la necesidad de reconocimiento mutuo para la subjetividad, porque en la apelación del otro, sólo cuenta el otro. Creo que nuestro autor sigue introduciendo un elemento de reconocimiento y de realización de sí en la filosofía de Lévinas, que a mi juicio, está ausente del filósofo lituano. «Es en esa interpelación que lo vincula donde uno se hace cargo de su subjetividad única, percibe toda su sí mismidad al tener que responder de la llamada» (p. 94). Quizá no haya filósofo más radicalmente alejado del subjetivismo moderno que Lévinas, para quien ante el rostro del otro, uno no cuenta, ni se descubre en su si mismidad al ser interpelado. No obstante, como señala Gómez Ramos, ahora «el cuidado es antes el cuidado del otro, de su indigencia y precariedad» (p. 95), de la vida siempre vulnerable del otro, que en el mismo comparecer de su rostro —herido, dirá con acierto Gómez Ramos— interpela, convoca y demanda, a mi juicio, unilateralmente.

Pues bien, de modo análogo a como Hegel detectó que las dimensiones modernas de la eticidad generaban inexorablemente bolsas de pobreza y exclusión, Gómez Ramos atiende a aquellos yoes en riesgo, heridos y vulnerados por su incapacidad para actuar y ser reconocidos en las dimensiones de la eticidad contemporánea. El reconocimiento y la interpelación fracasan. Y por lo tanto estamos ante la tercera persona, la no-persona excluida, no reconocida afectiva, institucional y políticamente, y ante la que nadie se siente responsable, aunque apela vaga y abstractamente a cada uno de nosotros. Esta tercera persona ca-

racterizada por su nuda vida. Justamente en ella, «lo impersonal muestra ser la posibilidad misma de hablar de personas, de sujetos» (p. 121).

Las etapas en el camino moderno y contemporáneo de reflexión sobre el sí mismo pasan, según Gómez Ramos, por el sucesivo reclamar fundamentalidad para la primera, la segunda o la tercera persona. Pero en este triplete de nociones excluyentemente fundamentales se aprecia la necesidad del proceso de subjetivización, de desarrollo de la sí mismidad —o como gusta el autor, de *miidad*—. Cabe decir que la vida es más que el sí mismo, porque es su fundamento. Es la propuesta de Gómez Ramos. También cabe decir que al hombre le toca acallar en serenidad la pretensión de ser sí mismo y mantenerse a la espera. Es la propuesta del segundo Heidegger. La fidelidad a la espera tiene como correlato la posibilidad de habitar poéticamente el mundo, de crear nuevo sentido. Y esto implica un renacer de la necesidad de realizarse.

Me parece que la propuesta de nuestro autor implica un sano salir del sí mismo, o en sus palabras, un proceso de des-estupefacción, de des-particularización o des-especialización. Conceder el protagonismo al reconocimiento y la apelación de la nuda vida, quizá sea también una forma de habitar poéticamente el mundo: la de la organización de una sociedad siempre sujeta a quiebras.